



Intervención de Raquel Reynoso (Perú)

Rueda de prensa de presentación de la campaña de Manos Unidas «Contagia solidaridad para acabar con el hambre»

Vulnerabilidades, fortalezas y solidaridad en Ayacucho

Soy Raquel Reynoso Rosales, trabajadora social, defensora de los derechos humanos y presidenta de la Asociación Servicios Educativos Rurales y les hablo desde Perú.

Gracias por invitarme a participar en el lanzamiento de la campaña de Manos Unidas de 2021 «Contagia solidaridad para acabar con el hambre», que hoy, en un contexto en el que aún no hemos controlado la pandemia de Covid-19, resulta muy relevante para abordar también los efectos de esta crisis en las poblaciones más vulnerables.

Hay dos cosas que marcaron mi vida, la primera es el hecho de haber nacido en la localidad minera de Cerro de Pasco, donde de niña recogía piritas con mis amigas; un mineral que a simple vista parece oro y que considerábamos nuestro tesoro. Por motivos de estudios viajé a Lima a estudiar y, ya de mayor, cuando retorné a Cerro de Pasco, pude comprobar el desastre ecológico que había provocado la explotación de minerales, destruyendo nuestros territorios, nuestro entorno, la creación.

La segunda cosa que marcó mi vida fue el experimentar la violencia familiar y la discriminación en la ciudad por proceder de la sierra central. Me costó mucho pero finalmente tomé conciencia de que aquello que no se nombra no existe... No es posible que siendo las mujeres la mitad de la población mundial no tengamos las mismas oportunidades y derechos que los varones. No me sentía incluida en los discursos y menos en la defensa de mis derechos como mujer, y por ello me involucré desde los primeros años de universidad en programas de apoyo social, en organismos de derechos humanos y en diversos voluntariados, como el que hice en tiempos de pandemia para dar asistencia remota a familias vulnerables que necesitaban apoyo estatal.

Las desigualdades que agudiza la pandemia

La pandemia nos ha mostrado que todos estamos más vulnerables; todos hemos pasado momentos muy duros. Quién no conoce alguien cercano que nos ha dejado... Aquí en Europa han pasado también momentos muy duros, pero imagínense cómo lo han vivido en lugares que ni siquiera tienen acceso al agua. Es cierto que todos somos vulnerables, pero hay comunidades que lo son aún más porque viven día a día con problemas muy graves de vulneración de derechos, problemas de alimentación, de empleo... Con un 80% de empleos en la informalidad, si las personas no morían por Covid podían morir de hambre si no salían a vender algo para sobrevivir. Hablamos también de familias con problemas de acceso al agua, a la luz, lo cual no les permite contar con un refrigerador para almacenar alimentos para varios días, lo que, de



DEPARTAMENTO DE COMUNICACIÓN

nuevo, les hace todavía más vulnerables. Esas personas son con las que trabajo yo y la Asociación SER con el apoyo de Manos Unidas.

En Perú, la pandemia ha llegado a comunidades que han sufrido el conflicto armado interno, conflicto que nos ha dejado alrededor de 69.000 víctimas fatales. Ayacucho es el departamento donde se registraron más muertos y desaparecidos. La mayoría de estas víctimas vivían en el campo y eran quechuahablantes. Este conflicto también afectó gravemente a las mujeres campesinas, quienes sufrieron violaciones y violencia sexual. Y, por si fuera poco, además de este conflicto, estas mujeres sufrieron también esterilizaciones forzadas, siendo más de 270.000 mujeres quienes fueron esterilizadas sin su consentimiento y tratadas como objetos. Hoy, tras más de 20 años, siguen siendo discriminadas y siguen esperando por verdad, justicia y reparación.

Las familias, las mujeres, los niños y las niñas de estas comunidades viven hoy en una situación de pobreza y pobreza extrema, en una situación muy precaria. Las condiciones que provocaron el conflicto armado interno que vivieron aún no han sido resueltas y han tenido que enfrentar la pandemia en situaciones muy deplorables: niños con altos índices de anemia y desnutrición, comunidades enteras que no cuentan con agua potable, tan vital en estos tiempos...

La lucha de las mujeres por su vida y sus territorios

Nosotros trabajamos con estas mujeres violentadas y discriminadas. Son ellas las que mayormente conducen las tierras en las zonas andinas debido, en parte, a la migración masculina hacia zonas urbanas en búsqueda de mayores ingresos, lo que hace que estas mujeres sean las que permanecen en sus localidades para hacerse cargo de su familia y las tierras de cultivo y animales menores.

Sin embargo, a pesar de que las mujeres trabajan la tierra, no tiene poder de decisión en el manejo de los recursos comunales, ya que los canales de toma de decisiones (asambleas comunales y juntas directivas) están en manos de los varones que se quedan en las comunidades, relegando a las mujeres a la discriminación incluso en sus comunidades.

Ante esta situación de pobreza, hambre, anemia y de escasa participación de las mujeres en el manejo de los recursos naturales y su territorio, hemos identificado dos aspectos a mejorar: el acceso al agua y el empoderamiento de las mujeres campesinas. Y es por ello que, desde hace varios años, gracias a la ayuda de Manos Unidas, como Asociación SER hemos venido implementando proyectos para el acceso al agua potable y al saneamiento de poblaciones de zonas rurales. El acceso al agua ha permitido a estas poblaciones contar con agua de calidad para el consumo humano, como motor de desarrollo, así como para el cuidado en esta situación de pandemia. Ver el rostro de los niños, las niñas, de las mujeres, cuando les llega por primera vez el agua a través de un grifo, no tiene precio; esa felicidad que para la gente de la ciudad puede parecer superflua o parte de lo cotidiano, para estos niños y mujeres se convierte en algo vital.

En relación a la poca participación de las mujeres en el manejo de sus territorios y recursos naturales, tuvimos que conversar con los varones de la comunidad sobre el trabajo y el rol que



DEPARTAMENTO DE COMUNICACIÓN

cumplen las mujeres en el desarrollo de sus comunidades, ya que ellas también forman parte de las comunidades y en ese sentido también tienen ideas y pueden opinar sobre cómo afrontar las dificultades. También realizamos múltiples procesos de formación y capacitación a las mujeres sobre cuáles eran sus derechos, cómo podían ejercer cargos en sus comunidades, sobre cuáles eran los derechos colectivos que les permitía defender sus territorios. Uno de los ejemplos de cambio es la señora Encarnación Llamocca, de la comunidad de Pacurí en Ayacucho, quien a pesar de no saber leer ni escribir, con su gran habilidad para recordar información ha logrado ser presidenta de su comunidad y este año la han elegido como fiscal. Encarnación se siente muy contenta de aportar en su comunidad, de hacer las gestiones para solucionar los problemas que aquejan a su comunidad, como contar con el agua para un mejor cuidado frente al COVID, y esto ha sido posible también gracias al apoyo de Manos Unidas.

Los caminos que abre la solidaridad y el bien común

Sin embargo, a pesar de los muchos avances, el camino para combatir la vulneración de derechos de las mujeres en las comunidades aún continúa, ya que siempre hay resistencias que perjudican su derecho a participar en igualdad de condiciones en el desarrollo de sus comunidades y, por supuesto, aún quedan muchas comunidades que carecen de acceso a agua potable.

La solidaridad emerge y se manifiesta en medio de estas situaciones de precariedad y vulnerabilidad en las que viven estas familias, y lo hace en doble sentido.

Por un lado, desde el campo a la ciudad: fueron muchas las familias del campo que enviaron productos agrícolas (papa, maíz y trigo, entre otros) a sus familiares y amistades de las zonas urbanas que se habían quedado sin empleo por la cuarentena.

Y, por otro lado, cuando las familias de las zonas rurales recibieron a las personas que retornaron al campo al ver que la situación laboral en las ciudades seguía prolongándose por la pandemia y en sus lugares de origen no tenían cultivos. En estas circunstancias, las familias les proporcionaron alimentos diarios para su subsistencia y empezaron iniciativas de desarrollo comunitario para sobrevivir a esta catástrofe sanitaria y social. De esta manera, juntos, trabajaron para resguardar el bien común y luchar por la vida en comunidad.

Una vez más, con ayuda de Manos Unidas, se comenzaron a implementar huertos familiares con estas mujeres que sufrieron tanto, lo cual funciona también como una alternativa para combatir la escasez de alimentos en estos tiempos, debido a la paralización de las actividades agrícolas y las medidas de confinamiento a raíz de la pandemia. Hoy podemos decir que los huertos familiares son una vía eficaz para generar alternativas para producir y acceder a alimentos que permitan disminuir la anemia y el hambre que sufre la población.

Sé que son tiempos difíciles para todos y todas, pero recordemos que en el mundo hay personas, familias, mujeres, niños y niñas que están enfrentando situaciones muy difíciles. Hoy, más que nunca, nos toca ser solidarios entre todos y todas, por todo lo que perdieron y por lo que nos toca recuperar.



DEPARTAMENTO DE COMUNICACIÓN

No sólo hablamos de la solidaridad en nuestro entorno, como lo hicieron estas familias de Ayacucho, dando de lo poco que tenían para compartir con sus hermanos de la ciudad, sino que necesitamos que esta solidaridad traspase las fronteras, siendo solidarios con las nuevas generaciones, con quienes más necesitan del apoyo externo.

El trabajo de Manos Unidas es clave en este camino y funciona muy bien porque se basa en la solidaridad. Todos los varones y mujeres con quienes venimos trabajando todos estos años, nos han demostrado que la solidaridad es posible, pero para que sigan con su trabajo y esfuerzo, necesitan del apoyo de todos nosotros. Tenemos que contagiarnos de solidaridad para acabar con el hambre.

Muchas gracias.